

## El bus azul

Bruna salía de la universidad como cualquier jueves de enero, lunes de abril o miércoles de septiembre. Era un camino exhaustivo a su casa; carreteras con baches, semáforos en eternos rojos, pesadez en el ambiente. Pero Bruna se caracterizaba por su paciencia, por su calma interna y sus brillantes ojos ámbar, siempre proyectando una mirada apacible. Entonces, en un intento de mejorar el trayecto, procedía a observar, en busca de belleza, las calles de Quito. Belleza luego hallada, no solo en el espíritu festivo que se palpaba en aquellas semanas de diciembre, sino, sobre todo, en esas madres tomando de las manos a sus hijas, protegiéndolas del frío y cuidándolas del peligro. La hallaba, además en las personas que, pese al insufrible tráfico, daban paso al resto de carros; alguien tendrá más prisa que ellos, más necesidad de resguardarse en sus casas. Y la hallaba finalmente cuando regresaba su mirada a los interiores del bus y veía a algunos caballeros ceder su asiento, a otros jóvenes de su universidad, también a punto de finalizar la carrera, abrazando a sus parejas e incluso en si misma por ver el lado humano de algo tan mundano como tomar el bus de regreso a casa.

Por fin llegó el bus a la destinación de Bruna y, tras una caminata de no más de 10 minutos, se encontró en el Bulevar de las Naciones Unidas. Iba a ver a sus amigas de la infancia y a disfrutar de una tarta de arándanos. Notó aquel lugar lleno de luz y gente que, cual mariposa, revoloteaban en el aire tras realizar las compras navideñas; joviales y felices. Y tal atmósfera se apoderó del cuerpo de Bruna y sonrió. Sonrisa que se asomaba como el albor y en aquel instante, sin saberlo, sintió una felicidad que nunca más regresaría a tener tanta corporalidad.

Meses después, en un martes de marzo, Bruna caminaba tan perdida y absorta en sus pensamiento y sus preocupaciones universitarias cuando se subió al bus. Al bus azul.

Revisó el aglomerado y no le quedó de otra que quedarse de pie y caminar hacia la parte trasera del bus, intranquila. De repente, un señor alto de traje bien peinado y perfumado hasta las orejas se subió en la siguiente parada. Ella lo observó y bajo sus prejuicios le pareció raro ver a alguien que parecía adinerado en el desaseado y pestilente bus. Bus público, casi sin límites, sin ataduras. Lo que ocurrió después fue tan rápido y repentino pero que perduró en la memoria de Bruna, arraigado en sus neuronas, hasta la eternidad. El hombre de aires petulantes se acercó a ella, sin observarla, pero notándola; quieta, frágil, indefensa. Y ella no sintió miedo, otro hombre más que solo quiere llegar a

casa...hasta que el espacio entre ambos se hizo cada vez más y más angosto. Además, al verla él alejarse cada vez más, de manera sutil, el hombre decidió ponerse atrás de ella y aprovechando los pasadores de su jean atravesó sus dedos a través de estos y la retuvo de moverse más.

Bruna quedó inmóvil y enjaulada.

Sin pensarlo dos veces. Realmente, sin pensar en ella en absoluto, empezó a tocar a la chica. Un transcurso desde su hueco poplíteo hasta su trasero. ¿Fue solo eso, un recorrido físico, un andar de la mano de un extraño en un área no autorizada? No, fue un traspaso de un territorio divino, invadido por un demonio sin vergüenza. Fue una descomposición continua de todo aquello que tocaba, una fermentación de lo puro, un derrame tóxico que la fue consumiendo a Bruna por dentro. El pasar su mano traspasó a sus músculos, a sus venas y al centro de sus huesos. Y ese paseo repulsivo penetró hasta el alma en una extensión y propagación fugaz, dañando así la memoria de lo bello, del cariño y de lo noble. El señor sonreía mientras que lágrima tras lágrima descendían por el rostro de Bruna, como si el descenso no solo fuese de sus lamentos, sino de su espíritu hasta los más lóbregos terrenos del infierno.

Bruna quedó invadida y perdida.

Una vez ahí, en los infiernos, y con su ser podrido y su corazón corrompido por la plaga del hombre, solo pudo sentir el suspiro de placer de este en sus oídos. Un placer proveniente del dolor ajeno, del sufrimiento efectuado, de su malestar. Intentó desde lo profundo sacar gritos y expresar que estaba siendo abusada, pero parecía que sus cuerdas vocales quedaron cortadas y demacradas por el reír tenue del hombre. Sabía lo que hacía y no parecía tener ningún remordimiento. Aquel perfume del ente malévolo la asfixio y sus pulmones buscaban oxígeno en una superficie agriada. Ansiedad, miedo, aprensión. Se había quedado sin voz y en sus sonidos solo retumbaba la risa del hombre y los chillidos de las llantas al frenar. Su corazón parecía haberse detenido. Trató de abrir su boca para ver si lograba emitir algún sonido en busca de socorro. Pero el hombre colocó su mano, sin moverse tanto, en esa superficie y así Bruna se quedó sin aire, ahogada y sin salida.

Bruna quedó callada y muda.

Como no podía moverse, pues su cuerpo parecía estar pasando por un tipo de contusión traumático, intentó buscar con sus ojos algún tipo de ayuda. Y entonces los vio: personas que la veían, que notaban que necesitaba algún salvavidas o soga que la libere de esa jaula, de ese infierno. Pero nadie. Nadie hacía nada. Se volvieron cómplices de lo que este Satán estaba perpetrando en el ser puro de Bruna y, en un momento, sintió incluso que se burlaban de ella por su ingenuidad y por confiar en la bondad del resto. Solo podía ver sus rostros, algunas madres que ahora tapaban los ojos de sus hijas, como queriéndolas proteger de la proterva realidad que se vivía, aparentemente, en la cotidianidad. Parejas que solo se acercaban a la puerta del bus. ¿Alguien se tiene que salvar, por qué no ellos?

Bruna se quedó inerte y sola

Entonces se abrió una pequeña ventana: anunciaron que se acercaba la siguiente parada. De fuerzas, que hasta el día de hoy se desconocen, Bruna se liberó y casi saltó del autobús aunque este no se hubiera detenido del todo. Una vez en el suelo, golpeadas sus rodillas y nublada su visión por el llanto en silencio, Bruna regresó la mirada. EL bus avanzó y en las ventanas observó al demonio aquel dibujar una macabra sonrisa en el empañado vidrio. Bruna nunca llegó a comprender aquel cinismo descomunal.

Esclareciendo un poco la neblina de ese día de lluvia, vio que se encontraba nuevamente en las Naciones Unidas, ya sin luces, ya sin esperanza.

Bruna se quedó apagada, vacía, y muerta por dentro.

Se sentó en la oscuridad. Sus ojos, alguna vez brillantes ámbar, se apagaron y se tornaron en afligidos grises. Su paciencia y su carácter tranquilo llegaron a la escala del entumecimiento y su cuerpo quemado en el infierno, solo se plasmaba en ceniza resquebrajada. Estaba muerta. Pero no la muerte tangible, sino aquella que perpetua el alma, el corazón y que nubla la esperanza del ser humano. Bruna camino sin notar a nada ni a nadie y tras una caminata que pareció eterna, llegó a su departamento en la Avenida de las Américas. Sacó las llaves de su cartera y entró a su casa. Pero ella ya no encontró jamás un hogar, pues su cuerpo no hallaba consuelo. Así, ni siquiera pudo llorar, solo pudo secar el rastro del sentir, del pánico que llegó a experimentar y se acostó en su cama por quién sabe cuántos días, sin saber que a la mañana siguiente miles de mujeres (y algunos hombres conscientes) caminarían en esas mismas calles por

los derechos de las mujeres. Un jueves ocho de marzo. Antes de cerrar sus ojos, revisó el exterior y vio pasar un bus azul y dijo en una voz rota y alicaída:

“ojalá en vez de haberme subido a aquel bus, me hubiese arrollado. Tal vez así me hubiese muerto feliz para no tener que vivir desdichada y honestamente, sin vida.”

El fin.